

plearon más de dos horas. La señora duquesa de Maufrigneuse, que vivía en el arrabal Saint-Honoré, hizo esperar una hora á la señora de Saint-Esteve, á pesar de que la camarera le había entregado á su ama una tarjeta en la cual Asia había escrito:

*«Para una cosa urgente relativa á Luciano.»*

A la primera mirada que Asia le dirigió á la duquesa, comprendió que su visita era intempestiva; así es que se excusó por haber turbado el reposo de la señora duquesa, pretextando el peligro que corría Luciano.

—¿Quién es usted?...—preguntó la duquesa de un modo descortés mirando de pies á cabeza á Asia, la cual podía pasar por una baronesa á los ojos de un Massol en la Conserjería, pero no en el salón del palacio Cadiñán.

—Señora duquesa, soy una tendera de ropa vieja; porque en estas circunstancias, siempre se dirige la gente á las mujeres cuya profesión descansa en una discreción absoluta. Nunca le he hecho traición á nadie, y Dios sabe cuántas damas me han confiado sus diamantes por un mes, pidiéndome en cambio alhajas falsas semejantes en un todo á las suyas.

—¿Tiene usted otro nombre diferente del que me ha dicho?—dijo la duquesa sonriéndose al recordar un hecho que le sugería esta pregunta.

—Sí, señora duquesa, soy la señora Saint-Esteve en las grandes ocasiones; pero en el comercio me llamo la señora Nourrisson.

—Bien, bien—respondió la duquesa cambiando de tono.

—Yo puedo prestar grandes servicios—dijo Asia—porque nosotras conocemos los secretos de los maridos lo mismo que los de las mujeres. Yo tengo muchos negocios con el señor de Marsay, á quien la señora duquesa...

—¡Basta! ¡basta!—exclamó la duquesa—ocupémonos de Luciano.

—Si la señora duquesa quiere salvarlo, será preciso que no pierda el tiempo en vestirse, lo cual le será tanto más fácil cuanto que no puede estar más guapa de lo que está en este momento. ¡Está usted hermosísima! ¡se lo juro! En fin, señora, no mande tampoco enganchar y venga conmigo en mi coche... Venga á casa de la señora de Serizy, si quiere evitar desgracias mayores, que pudiera serlo la muerte de ese querubín.

—¡Vamos! ¡ya estoy!—dijo la duquesa después de un momento de vacilación.—Entre las dos le daremos valor á Leontina.

No obstante la actividad verdaderamente infernal de aquella Dorina del presidio, daban las tres cuando entraba, con la duquesa de Maufrigneuse, en casa de la señora de Serizy, que vivía en la calle de la Chaussée-d'Antín. Pero una vez allí, gracias á la duquesa, no se perdió ni un momento. Las dos fueron recibidas en seguida por la condesa, á quien hallaron acostada en un diván en medio de un jardín perfumado por las flores más raras.

—Está bien—dijo Asia mirando en torno suyo;—nadie podrá escucharnos.

—¡Ah! querida mía, me muero. Veamos, Diana, ¿qué has hecho?—exclamó la condesa levantándose y cogiendo á la duquesa por los hombros, al mismo tiempo que rompía en abundante llanto.

—Vamos, Leontina, hay ocasiones en que las mujeres como nosotras no deben llorar, sino obrar—dijo la duquesa obligando á la condesa á sentarse.

Asia estudió á la condesa con aquella mirada propia de las viejas ladinas que escudriñan el alma de una mujer como el cirujano una llaga. La compañera de Jacobo Collín reconoció en ella las huellas del sentimiento más raro de las mujeres del mundo, del verdadero dolor, de ese dolor que hace surcos imborrables en el corazón y en el rostro. ¡En su tocado no se notaba la menor coquetería! La condesa tenía entonces cuarenta y cinco años, y su peinador de muselina arrugado dejaba ver el cuerpo sin ningún atavío. Los ojos cercados de una faja negruzca, las mejillas tensas daban fe de sus copiosas lágrimas. El peinador no tenía cinturón y los bordados de la falda y de la camisa estaban arrugados por completo. Los cabellos, recogidos en un gorro de encaje y olvidados del peine desde veinticuatro horas antes, dejaban ver su pobreza y escasez. Leontina se había olvidado de ponerse los añadidos.

—Usted ama por la primera vez en su vida—le dijo silenciosamente Asia.

Entonces Leontina vió á Asia é hizo un movimiento de espanto.

—¿Quién es esta mujer, mi querida Diana?—le preguntó á la duquesa de Maufrigneuse.

—¿Quién quieres que sea más que una mujer adicta á Luciano y dispuesta á servirnos?

Asia había adivinado la verdad. La señora de Serizy, que pasó por ser una de las mujeres más ligeras del mundo, sintió durante diez años un gran afecto por el marqués de Aiglemont; pero desde la marcha del marqués á ultramar, se había enamorado locamente de Luciano y lo había arrancado de los brazos de la duquesa de Maufrigneuse, ignorando, como todo París, el amor de Luciano por Ester. En el gran mundo, un amor probado daña más la reputación de una mujer que diez aventuras secretas, y dos amores no hay que decir si dañarán. Sin embargo, como nadie contaba con la señora de Serizy, el historiador no podría garantizar su virtud teniendo ya estas dos manchas. Era una rubia de mediana estatura, que se conservaba como se conservan las rubias, es decir, que apenas representaba treinta años, y que era finita sin ser flaca; los pies, las manos y el cuerpo aristocráticos; graciosa y lista como una Ronquerolles y, por consiguiente, tan mala para las mujeres como buena para los hombres. Siempre se había visto libre de las críticas que habían herido á otra mujer, por su gran fortuna, por la posición elevada de su marido y por la de su hermano el marqués de Ronquerolles. Había tenido un gran mérito: en medio de su depravación, era franca y confesaba su culto por las costumbres de la Regencia. Ahora bien, á los cuarenta y dos años, aquella mujer, para quien los hombres habían sido hasta entonces agradables juguetes, había sentido al ver á Luciano un amor semejante al del barón de Nucingen por Ester y entonces había amado por primera vez en su vida, según acababa de decirle Asia. Estas transposiciones de juventud son más frecuentes de lo que parece en los parisienses y en las grandes damas, y causan las caídas inexplicables de algunas mujeres virtuosas en el momento en que llegan al puerto de los cuarenta años. La duquesa de Maufrigneuse era la misma confidenta de aquella pasión terrible y completa cuyos goces volvían loca é insaciable á Leontina.

Sabido es que el amor verdadero es implacable. El descubrimiento de una Ester había ido seguido de una de esas rupturas violentas en las que la rabia de la mujer llega hasta el asesinato, y luego de ese otro período de cobardías á que con tanta delicia se entrega el amor sincero. Hacía

ya un mes que la condesa habría dado diez años de su vida por volver á ver á Luciano durante ocho días, y había llegado por fin á aceptar la rivalidad de Ester en el momento en que corrió la voz de la detención de Luciano, en medio del paroxismo de su afecto, cual la trompeta del juicio final. La condesa había estado á punto de morir y su marido la veló en persona por temor á las revelaciones del delirio. Hacía ya veinticuatro horas que vivía con un puñal en el corazón, y, en medio de su fiebre, le decía á su marido: «Libra á Luciano y no viviré más que para ti».

—No se trata de poner ojos de carnero muerto, como dice la señora duquesa— exclamó la terrible Asia sacudiendo del brazo á la condesa.—Si quiere usted salvarle, es preciso no perder un momento. Es inocente, yo lo juro sobre los restos de mi madre.

—¡Oh! ¡sí! ¿verdad?—gritó la condesa mirando con bondad á la horrible comadre.

—Pero si el señor Camusot le *interroga mal*—dijo Asia, —con dos frases puede hacerlo aparecer culpable; mientras que si puede usted lograr que le dejen hablar con él un instante, no tiene más que entregarle este papel... y mañana está libre, yo lo garantizo... Sáquelo, sáquelo de ahí, usted que lo ha metido.

—¡Yo!

—Sí, usted. Ustedes las grandes damas no tienen nunca un céntimo, aunque sean millonarias. Cuando yo me permitía el lujo de tener hombres, llevaban los bolsillos repletos de oro. A mí me satisfacía su dicha. ¡Es tan grato ser á la vez madre y amante!... Vosotras dejáis morir de hambre á los que os aman, sin preocuparos de su situación. Ester no hacía frases, y á costa de la perdición de su cuerpo y de su alma dió el millón que le pedían á Luciano, y esto es lo que le ha puesto en la situación en que está.

—¡Pobrecilla! ¡ha hecho eso! ¡ya la amo!—dijo Leontina.

—¡Ah! ¡á buena hora!—dijo Asia con glacial ironía.

—Era muy guapa, pero ahora, angel mío, tú eres más guapa que ella... y el casamiento de Luciano con Clotilde está deshecho y nada puede reanudarle—le dijo en voz baja la duquesa á Leontina.

Los efectos de esta reflexión fueron tales en la condesa, que dejó de sufrir, se pasó las manos por la frente y se rejuveneció.

—Vamos, pequeña, levanta la patita y arriba—dijo Asia al ver aquella metamorfosis cuya causa adivinó.

—Pero si es preciso impedir ante todo que el señor Camusot interroge á Luciano, lo mejor es ponerle dos letras y enviárselas por tu criado, Leontina—dijo la señora de Maufrigneuse.

—Entonces volvamos á mi cuarto—contestó la de Serizy.

He aquí lo que ocurría en el despacho del juez mientras que las protectoras de Luciano obedecían las órdenes dictadas por Jacobo Collín.

Los gendarmes transportaron al moribundo á una silla colocada enfrente de la ventana en el despacho del señor Camusot, el cual ocupaba su sillón. Coquart, con la pluma en la mano, se hallaba sentado ante una mesita á pocos pasos del juez.

La situación de los despachos de los jueces de instrucción no es cosa indiferente, y si no ha sido escogida con intención, hay que confesar que la casualidad ha tratado á la justicia como hermana. Los magistrados son como los pintores; necesitan la luz pura que viene del norte, pues el rostro de los criminales es un cuadro cuyo estudio debe ser constante; así es que casi todos los jueces de instrucción colocan sus mesas en la misma situación que había escogido Camusot, de modo que den la espalda á la luz y, por consiguiente, que la cara de los criminales quede expuesta á la mayor claridad. Al cabo de seis meses de ejercicio, ninguno deja de afectar un aire distraído é indiferente, cuando no lleva anteojos negros, mientras dura el interrogatorio. A un cambio repentino de cara observado por este medio y producido por una pregunta hecha á boca de jarro, fue á lo que se debió el descubrimiento del crimen cometido por Castaing, en el momento en que el juez iba á ponerlo en libertad por falta de pruebas, después de una larga deliberación con el fiscal general. Este pequeño detalle bastará para hacer comprender á todo el mundo cuán viva, interesante, curiosa, dramática y terrible es la lucha de una instrucción criminal, lucha sin testigos, pero siempre escrita. Dios sabe lo que queda en el papel de la escena más friamente ardiente, en que los ojos, el acento, un estremecimiento del rostro, el más ligero tinte de colorido, es un peligro para aquella lucha semejante á la de los salvajes que se acechan para matarse. El juicio oral no es ya más que la ceniza del incendio.

—¿Cuáles son sus nombres verdaderos?—le preguntó Camusot á Jacobo Collín.

—Don Carlos Herrera, canónigo del cabildo real de Toledo, enviado secreto de Su Majestad Fernando VII.

Es preciso advertir aquí que Jacobo Collín hablaba muy mal el francés, tan mal, que sus respuestas eran á veces ininteligibles y había que rogarle que las repitiese. Los germanismos del señor de Nucingen abundan ya demasiado en esta obra para añadir á ellos otras frases difíciles de leer y que perjudicarían la rapidez del desenlace.

—¿Tiene usted documentos que prueben lo que usted dice?—le preguntó el juez.

—Sí, señor, un pasaporte, una carta de Su Majestad Católica que autoriza mi misión... Además, puede usted enviar en seguida á la embajada de España dos letras mías y verá cómo seré reclamado. Si necesita usted más pruebas, le escribiré á Su Eminencia el limosnero mayor de Francia, y no dudo que éste enviará en el acto á su secretario particular.

—¿Sigue usted pretendiendo hallarse moribundo?—dijo Camusot.—Si hubiese usted sentido verdaderamente los males de que se quejó al ser arrestado, ahora estaría muerto—le contestó el juez con ironía.

—Está usted juzgando el valor de un inocente y la fuerza de su temperamento—respondió el procesado con dulzura.

—¡Coquart! llame usted al médico y á un practicante. Nos veremos obligados á quitarle la ropa para examinar la señal que tiene usted en la espalda—dijo Camusot.

—Señor, estoy á su disposición.

El procesado le preguntó al juez si tendría la bondad de explicarle qué marca era aquella y por qué la buscaba en la espalda precisamente.

El juez esperaba esta pregunta.

—Se sospecha que es usted Jacobo Collín, forzado evadido, cuya audacia no recula ante nada... ni siquiera ante el sacrilegio—dijo el juez observando atentamente al procesado.

Jacobo Collín no tembló, no se ruborizó, sino que permaneció sereno y afectó un aire de curiosidad al mismo tiempo que miraba á Camusot.

—¡Señor! ¡yo un forzado!... ¡Que Dios y la orden á que pertenezco le perdonen su error! Dígame lo que tengo

que hacer para evitar que persista usted en un insulto tan grave y tan ofensivo para un hombre, para la Iglesia y para el rey mi señor.

Sin responderle al procesado, el juez dijo que si había llevado la marca que se le ponía entonces á los condenados á trabajos forzados, las letras no tardarían en ser vistas.

—¡Ah! señor—dijo Jacobo Collín,—grande sería mi desgracia si ahora hubiese de serme funesta mi adhesión á la causa real.

—Explíquese claramente—dijo el juez;—para esto está usted aquí.

—Señor, yo tengo unas cicatrices en la espalda, porque fui fusilado por detrás, como traidor á mi país, cuando era fiel á mi rey, por los constitucionales que me dejaron por muerto.

—¡Ha sido usted fusilado y vive!—dijo Camusot.

—Estaba en inteligencia con algunos soldados que habían recibido dinero de personas piadosas, y me colocaron tan lejos, que sólo me alcanzaron balas casi muertas en la espalda. Es este un hecho que puede ser confirmado por el señor embajador.

—Este demonio de hombre tiene respuestas para todo. Mejor que mejor—pensaba Camusot, que sólo simulaba severidad para cubrir las apariencias ante la justicia y la policía.—¿Cómo ha sido que un hombre de su carácter se hallaba en casa de la querida del barón de Nucingen? ¡y qué querida! ¡una prostituta!

—He aquí por qué me hallaron en la casa de esa libertina, señor—respondió Jacobo Collín.—Pero antes de decirle la razón que me llevaba allí, he de advertirle que en el momento en que franqueaba el primer peldaño de la escalera, me sentí enfermo de repente y no pude hablar con aquella muchacha. Yo había tenido conocimiento de los propósitos que tenía Ester de suicidarse, y como se trataba de los intereses de Luciano de Rubempré, á quien profesó un afecto particular por motivos que son sagrados, acudía á apartar á aquella criatura de la senda adonde la conducía la desesperación: quería decirle que Luciano no lograría sus deseos de casarse con Clotilde de Grandlieu, y esto, unido á la noticia de que había heredado siete millones, me hacían confiar en que existiría de su afán de morir. Señor juez, tengo la certidumbre de haber sido víctima de los secretos que me fueron

confiados. Por el modo cómo me sentí enfermo, pienso que me dieron algún veneno aquella mañana y que sólo estoy vivo gracias á mi temperamento. Hace tiempo que me persigue un agente de policía y que trata de envolverme en algún negocio sucio. Si al ser yo detenido hubiesen atendido mi súplica y se hubiese llamado á un médico, ahora tendría usted la prueba de lo que le digo acerca de mi salud. Señor, no dude que hay personajes que tienen interés en confundirme con algún bandido para deshacerse de mí. El servir á los reyes no es todo rosas, que también ellos tienen sus bajezas. Sólo la Iglesia es perfecta.

Es imposible describir los movimientos fisonómicos de Jacobo Collín, el cual empleó diez minutos en decir lo que dejamos expuesto, pronunciando frase á frase su discurso. Era todo tan verosímil, y más que nada la alusión á Coartín, que el juez empezó á dudar.

—¿Puede usted decirme la causa de su cariño á Luciano de Rubempré?

—¿No lo adivina usted? señor, tengo sesenta años... pero, se lo suplico, no escriba eso... es... ¿No hay más remedio?

—Es necesario, no sólo por usted sino por interés de Luciano, que lo diga todo—respondió el juez.

—¡Pues bien! ¡oh! ¡Dios mío! ¡es mi hijo!—añadió el sacerdote.

Y se desmayó.

—No escriba esto, Coquart—dijo Camusot en voz baja.

Coquart se levantó para ir á buscar una botella de vinagre.

—Si fuese Jacobo Collín, habría que confesar que es un gran farsante—pensaba Camusot.

Coquart le hacía respirar el vinagre al forzado, que era examinado por el juez con una perspicacia de lince y de magistrado.

—Es preciso quitarle la peluca—dijo Camusot mientras que Jacobo Collín volvía en sí.

El forzado oyó esta frase y se estremeció, pues no ignoraba la innoble expresión que adquiriría su cara de aquel modo.

—Si no tiene usted fuerza para quitarse la peluca... Coquart, quítesela usted—le dijo el juez á su escribano.

Jacobo Collín presentó la cabeza al escribano con una resignación admirable, pero entonces ofreció un espectáculo horrible y presentó su carácter real. La vista de aquella ca-

beza calva volvió á sumir á Camusot en la duda. Mientras llegaban el médico y el practicante, el juez empezó á clasificar y á examinar todos los papeles y objetos hallados en el domicilio de Luciano. Después de haber estado en la calle Saint Georges, en casa de la señorita Ester, el juzgado se había trasladado al muelle Malaquais para seguir haciendo pesquisas.

—Veo que ha cogido usted las cartas de la señora condesa de Serizy — dijo Carlos Herrera, — y no comprendo por qué se han apoderado ustedes de los papeles de Luciano.

—Luciano de Rubempré, como cómplice suyo, ha sido detenido — respondió el juez para ver el efecto que le causaría esta noticia al procesado.

—Lo cual es una desgracia más, porque es tan inocente como yo — respondió el falso español sin dar muestras de la menor emoción.

—Veremos; ahora estamos con su identificación — contestó Camusot sorprendido de la tranquilidad del procesado. — Si es usted en realidad don Carlos Herrera, la situación de Luciano Chardón cambiaría por completo.

—¡Sí, su madre era la señora de Chardón y se apellidaba Rubempré! — murmuró Carlos. — ¡Ah! ¡fué una de las faltas más graves de mi vida!

Y levantó los ojos al cielo y movió al mismo tiempo los labios cual si pronunciase una plegaria ferviente.

—Pero si fuese usted Jacobo Collín, si ha sido en realidad compañero de un forzado evadido, de un sacrilego, todos los crímenes que la justicia sospecha serían más que probables.

Carlos Herrera permaneció imperturbable al oír esta frase dicha con habilidad por el juez, y como única respuesta á las palabras *si ha sido en realidad y forzado evadido*, levantaba las manos al cielo y hacía un gesto de dolor.

—Señor cura — dijo el juez con excesiva cortesía, — si es usted don Carlos Herrera, espero que me perdonará todo lo que me veo obligado á hacer en interés de la justicia y de la verdad.

Jacobo Collín vió que Camusot le tendía un lazo, y no varió de actitud. El juez esperaba ver en él un movimiento de alegría que hubiese sido el primer indicio de la calidad de forzado; pero vió al héroe del presidio armado del disimulo maquiavélico.

—Soy diplomático y pertenezco á una orden para cuyo ingreso se hacen austeros votos — respondió Jacobo Collín con dulzura apostólica; — lo comprendo todo y estoy acostumbrado á sufrir. Yo estaría ya libre si hubiese usted descubierto el escondite de mis papeles, pues veo que sólo ha recogido usted documentos insignificantes.

Este fué el golpe de gracia para Camusot. Jacobo Collín, con su aplomo y su sencillez, había desvanecido todas las sospechas que habían nacido á la vista de su cabeza calva.

—¿Dónde están sus papeles?

—Yo se lo indicaré á usted si consiente en que su delegado vaya acompañado por un secretario de la legación de la embajada de España, el cual los recibirá y se los entregará á usted previo recibo, pues se trata de mi estado, de documentos diplomáticos y de secretos que comprometen al difunto rey Luis XVIII. ¡Ah! señor, sería preferible... pero en fin, usted es magistrado, y el embajador cuyo auxilio solicito sabrá apreciar mi conducta.

En este momento entraron el médico y el practicante, después de haber sido anunciados por el alguacil.

—Buenos días, señor — le dijo Camusot al médico; — le he llamado para que certifique el estado en que se halla el procesado. Dice que fué envenenado anteaayer. Vea si hay peligro en desnudarlo y si se podrá proceder al examen de las señales.

El médico tomó el pulso á Jacobo Collín, le mandó sacar la lengua y lo miró atentamente. Aquella inspección duró unos diez minutos.

—El procesado ha sufrido mucho; pero goza actualmente de una gran fuerza — respondió el médico.

—Señor, esa fuerza aparente es debida á la excitación nerviosa que me produce mi extraña situación — respondió Jacobo Collín con la dignidad de un obispo.

—Puede ser — dijo el médico.

A una señal del juez, el procesado fué desnudado. Le soltaron el pantalón y le despojaron de toda la ropa del cuerpo, hasta de la camisa, dejando ver así un busto velludo dotado de un poder ciclópeo. Aquel cuerpo, salvo el tamaño, era como el del hércules Farnesio de Nápoles.

—¡Cómo dota la naturaleza á ciertos seres de destino lamentable! — le dijo el médico á Camusot.

El alguacil se presentó con aquella especie de pala que es

la insignia de sus funciones, y dió unos cuantos golpes en el lugar en que el verdugo había grabado las fatales letras. Entonces reaparecieron diez y siete agujeros, caprichosamente distribuidos; pero, á pesar del cuidado con que le miró la espalda, no vió forma ninguna de letras. El alguacil advirtió, sin embargo, que la barra de la T estaba indicada por dos agujeros cuyo intervalo tenía la longitud de aquella barra entre las dos comas que la rematan por ambos lados, y que otro agujero marcaba el punto final del cuerpo de la letra.

—Sin embargo, eso es muy vago—dijo Camusot al ver la duda pintada en el rostro del médico.

Carlos pidió que hiciesen la misma operación en el otro hombro y en medio de la espalda. Quince cicatrices más que observó el médico á instancia del español, reaparecieron, y entonces aquél declaró que estaba la espalda tan plagada de llagas que no era posible apreciar las marcas, aunque el ejecutor las hubiese impreso.

En aquel momento entró su escribiente y le entregó al señor Camusot una carta que esperaba respuesta. Después de haberla leído, el magistrado le fué á hablar á Coquart, pero en voz tan baja que nadie pudo oírle. Jacobo Collín fue el único que adivinó que Camusot acababa de recibir algún nuevo informe de la policía acerca de él.

—Siempre tengo detrás al amigo de Peyrade—pensó Jacobo Collín;—si lo conociese me desembarazaría de él, como de Contensón. ¿Podré ver otra vez á Asia?

Después de haber firmado el papel que había escrito Coquart, el juez lo metió en un sobre y se lo dió al escribiente de las Delegaciones.

La oficina de las Delegaciones es un auxiliar indispensable para la justicia. Esa oficina, presidida por un comisario de policía *ad hoc*, se compone de oficiales de paz que llevan á cabo la detención de las personas sospechosas de complicidad en los crímenes ó en los delitos. Esos delegados de la autoridad judicial les ahorran mucha pérdida de tiempo á los magistrados encargados de una instrucción.

A una señal del juez, el procesado fué vestido por el médico y el practicante, los cuales se retiraron en unión del alguacil. Camusot se sentó en su sillón y se puso á jugar con la pluma.

—¿Tiene usted alguna tía?—le preguntó bruscamente Camusot á Jacobo Collín.

—¿Alguna tía?—respondió con asombro don Carlos Herrera—señor, no tengo ningún pariente, soy hijo natural del difunto duque de Osuna.

Y al propio tiempo se decía para sus adentros: ¡Caliente! aludiendo al juego de esconder una prenda, que es una imagen de la lucha terrible que se entabla entre el criminal y la justicia.

—¡Bah!—dijo Camusot.—Vamos, usted tiene aún una tía, la señorita Jacobita Collín, que fue colocada por usted en casa de Ester con el nombre de Asia.

Jacobo Collín hizo un movimiento de hombros que estaba en perfecta armonía con el aire de curiosidad con que escuchaba las palabras del juez, que le examinaba con viva atención.

—Cuidado—dijo Camusot.—Escúcheme bien.

—Le escucho, señor.

—Su tía es tendera en el Temple, y su tienda es administrada por una tal señorita Paccard, hermana de un condenado, muchacha honrada que se llama Rónima. La justicia le sigue los pasos á su tía, y dentro de unas horas tendremos pruebas decisivas. Esa mujer le es muy adicta...

—Siga, señor juez—dijo tranquilamente Jacobo Collín respondiendo á una pausa de Camusot,—le escucho.

—Su tía, que cuenta unos cinco años más que usted, ha sido la amante de un tal Marat de odiosa memoria. De esta unión vergonzosa es de donde proviene su fortuna. Según los informes que acabo de recibir, es una encubridora muy hábil, tanto que aun no se ha podido tener pruebas contra ella. Según los informes que tengo en mi poder, después de la muerte de Marat se lió con un químico condenado á muerte el año VIII por el delito de falsificación de moneda, siendo, al parecer, con el trato de aquel hombre con lo que adquirió conocimientos de toxicología. Del año IX á 1806 fue tendera de ropa vieja, y desde 1807 á 1809 estuvo en la cárcel cumpliendo una condena por corrupción de menores. Entonces usted se veía perseguido por falsificación y dejaba la casa de banca en que su tía lo había colocado de dependiente, gracias á la educación que había recibido y á la protección de que gozaba su tía por parte de ciertos personajes á quienes procuraba víctimas que depravar... Todo esto se parece muy poco á la grandeza de los duques de Osuna. ¿Persiste usted en sus negativas?

Jacobo Collín escuchaba al señor Camusot pensando en su infancia feliz, en el colegio de los Oratorianos en que había sido educado, y sus meditaciones le daban un aire verdaderamente asombrado. No obstante la habilidad de su dicción interrogativa, Camusot no pudo arrancarle ni el menor movimiento á aquella fisonomía plácida.

—Si ha escrito usted fielmente mi primera declaración, puede leérmela, porque yo no puedo variarla—respondió Jacobo Collín. —Si no he ido nunca á casa de Ester, ¿cómo he de conocer á su cocinera? Yo soy completamente ajeno á las personas de quien me habla.

—A pesar de sus negativas, vamos á proceder á confrontaciones que tal vez destruyan ese su aplomo.

—Un hombre que ha sido ya fusilado está acostumbrado á todo—respondió Jacobo Collín con dulzura.

Camusot volvió á examinar los papeles mientras llegaba el jefe de seguridad, cuya diligencia fué extrema, pues eran las once y media, el interrogatorio había empezado á las diez y el alguacil se presentó á anunciarle al juez en voz baja la llegada de Bibi-Lupín.

—¡Que entre!—respondió el señor Camusot.

Al entrar Bibi-Lupín, todo el mundo esperaba un: «¡Es él!» pero no ocurrió así, sino que se quedó sorprendido y no pudo reconocer el rostro del forzado en aquella faz acibillada de picaduras de viruela. Su vacilación sorprendió mucho al juez.

—Es su misma estatura, su corpulencia—dijo el agente.—¡Ah! sí, eres tú, Jacobo Collín—exclamó al fijarse en los ojos, en el corte de la frente y en las orejas.—Hay cosas que no pueden ser desfiguradas. Señor Camusot, es él indudablemente; Jacobo tiene la cicatriz de una cuchillada en el brazo izquierdo; que se quite la ropa y la verá usted.

Jacobo Collín se vió obligado á quitarse de nuevo la sotana, y entonces Bibi-Lupín le levantó la manga de la camisa y enseñó la cicatriz indicada.

—Es de una bala—respondió Carlos Herrera;—también tengo ahí mismo otras.

—¡Ah! ¡es su misma voz!—exclamó Bibi-Lupín.

—Su certidumbre es un indicio, pero no una prueba—dijo el juez.

—Lo sé—respondió humildemente Bibi-Lupín;—pero

yo le buscaré más testigos. Uno de los huéspedes de la casa Vauquer está aquí ya—dijo mirando á Collín.

La cara plácida de Collín no se inmutó en lo más mínimo.

—Que entre esa persona—dijo perentoriamente Camusot, cuyo descontento se traslució no obstante su indiferencia aparente.

El tono del juez fué notado por Jacobo Collín, que no contaba con la simpatía del señor Camusot, y que cayó en una apatía originada por la violenta meditación á que se entregó para buscar la causa de la actitud de su juez. El alguacil introdujo á la señora Poiret, cuya presencia inopinada ocasionó al forzado un ligero temblor; pero el juez no lo observó siquiera, pues tenía ya tomada su decisión.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó el juez procediendo á llenar las formalidades con que comienzan todas las declaraciones.

La señora Poiret, viejecita blanca y arrugada, iba vestida con una bata de seda azul, y declaró llamarse Cristina Miguella Michonneau, estar casada con el señor Poiret, tener cincuenta y un años de edad, haber nacido en París, vivir en la calle de las Poules, esquina á la de los Postes y dedicarse á alquilar cuartos amueblados.

—Señora—le dijo el juez, —¿vivió usted, de 1818 á 1819, en una casa de huéspedes que tenía la señora Vauquer?

—Sí, señor, y allí fué donde conocí al señor Poiret, empleado retirado que se casó conmigo y que guarda cama desde hace un año... ¡el pobre está muy enfermo! por lo cual no podré estar mucho tiempo fuera de casa.

—¿Había entonces en aquella casa de huéspedes un tal Vautrin?—preguntó el juez.

—¡Oh! ¡señor! eso es toda una historia; era un horrible presidiario.

—Usted cooperó á su detención.

—Falso, señor.

—¡Cuidado! ¡está usted ante la justicia!—dijo severamente el señor Camusot.

La señora Poiret guardó silencio.

—Procure repasar sus recuerdos—repuso Camusot.—¿Se acuerda usted bien de aquel hombre? ¿lo conocería usted?

—Ya lo creo.

—¿Es este que está aquí?

La señora Poiret se puso las antiparras y miró á Carlos Herrera.

—Es su mismo cuerpo, su estatura, pero... no... sí... Señor juez, si pudiese verle desnudo el pecho lo reconocería al instante.

El juez y el escribano no pudieron menos de reirse, á pesar de la gravedad de sus funciones, y Jacobo Collín participó de su hilaridad, aunque con mesura. El procesado no se había puesto aún la sotana que Bibi-Lupín le había hecho quitarse, y, á una señal del juez, se descubrió complacientemente el pecho.

—Esa es su misma pelambreira; pero ha encanecido algo, señor Vautrin—exclamó la señora Poiret.

—¿Qué responde usted á esto?—preguntó el juez.

—¡Que es una local!—respondió Jacobo Collín.

—¡Ah! ¡Dios mío! si tuviese alguna duda, esa voz bastaría para desvanecerla. No tiene ya la misma cara; pero esa voz fué la que me amenazó... ¡Ah! ¡es su misma mirada!

—El agente de policía y esa mujer no han podido ponerse de acuerdo para decir lo mismo—dijo el juez dirigiéndose á Jacobo Collín,—porque no se habían visto; ¿cómo explica usted eso?

—La justicia ha cometido errores mucho mayores que los que producirán el testimonio de una mujer que reconoce á un hombre por el pelo del pecho y las sospechas de un agente de policía—respondió Jacobo Collín.—Hay en mí semejanzas de voz, de mirada y de estatura con un gran criminal; pero eso es muy vago. Respecto á la reminiscencia que prueba las relaciones vergonzosas habidas entre la señora y mi parecido... ustedes mismos se rieron. Señor, mirando por la verdad que soy el primero en desear que luzca, ¿quiere usted preguntar á esta señora... Foi...

—Poiret...

—Poiret (dispéñseme, soy español)... si recuerda las personas que habitaban en esa casa de huéspedes?

—No hay inconveniente—exclamó Camusot, haciendo un movimiento de cabeza favorable á Jacobo Collín; tan sorprendido quedó de la aparente buena fe con que ofrecía los medios de obtener un resultado satisfactorio.—Procure recordar á los huéspedes que había en la casa cuando la detención de Jacobo Collín.

—Había el señor de Rastiñac, el doctor Bianchón, el padre Goriot... la señorita Taillefer...

—Bien—dijo el juez, que no había cesado de observar á Jacobo Collín, cuya cara permaneció impasible,—ese padre Goriot...

—Murió—dijo la señora Poiret.

—Señor—dijo Jacobo Collín,—yo he hallado varias veces en casa de Luciano á un tal Rastiñac, que está liado, al parecer, con la señora de Nucingen, y si se refiere á él esta señora, he de advertir que nunca me tomó por el presidario á quien ustedes se refieren.

—El señor de Rastiñac y el doctor Bianchón ocupan tal posición social, que si su testimonio le fuese favorable, bastaría para que yo pusiese á usted en libertad—dijo el juez.—Coquart, prepare usted las citaciones.

En pocos minutos quedaron terminadas las formalidades de la declaración de la señora Poiret, Coquart se la leyó y le mandó firmar; pero el procesado se negó á poner su firma, fundándose en que desconocía las formas establecidas por la ley francesa.

—Basta ya por hoy—dijo Camusot.—Debe usted de tener ya gana de tomar alimento, y voy á dar orden de que le lleven al calabozo.

—¡Ay de mí! sufro demasiado para comer—dijo Jacobo.

Camusot quería hacer coincidir el momento de la vuelta de Collín con la hora del paseo de los acusados por el patio; pero antes deseaba tener respuesta del director de la cárcel respecto á lo que le había preguntado por la mañana, y llamó para enviar al alguacil. Este se presentó y le dijo que la portera de la casa del muelle Malaquais tenía que entregarle una pieza importante relativa al señor Luciano de Rubempré. Este incidente le pareció al juez tan grave, que le hizo olvidar su propósito anterior.

—¡Que entre!

—Señor, perdone—dijo la portera saludando al juez y al abate Carlos.—Mi marido y yo estábamos tan trastornados con la visita de la justicia, las dos veces que vino, que nos olvidamos en la cómoda una carta dirigida á don Luciano, por la cual hemos pagado cincuenta céntimos, á pesar de que es de París, porque es muy pesada. ¿Quiere usted reintegrarme el porte? ¡Dios sabe cuándo volveremos á ver á nuestros inquilinos!